

# EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

— Con el presente número se entregará el cuaderno 13 de Los Voluntarios de la Muerte, novela de la BIBLIOTECA —

2.<sup>a</sup> SERIE ✧✧ BARCELONA, enero de 1895 ✧✧ NÚMERO 13



EL ESPEJO DE MI TÍA MARGARITA:

— ¡ Al asesino ! ¡ Al asesino ! ¡ Prended á este infame ! — gritó lady Forester



## SUMARIO

El espejo de mi tía Margarita (*conclusión*).—Hortensia de Castro (*continuación*).—La Iliada de Sandy Bar.—Noticias.

## EL ESPEJO DE MI TIA MARGARITA

POR SIR WALTER SCOTT

(*Conclusión*)

Durante pocos segundos, el novio se adelantó vuelto de espaldas; pero la elegancia de sus formas y su manera de andar despertó en las dos hermanas marcada inquietud. De improviso, volvió la cabeza, y así lady Bothwell como lady Forester reconocieron al punto en el novio al caballero Felipe.

Su esposa profirió una exclamación, y en el mismo instante la escena pareció alterarse y descomponerse.

—Yo no hubiera podido comparar aquello,—dijo lady Bothwell más tarde, al referir la maravillosa historia,—sino en el reflejo de la tranquila superficie de un estanque perturbado de pronto por la caída de una piedra. Todas las sombras se desvanecieron como por encanto, y durante un momento se interrumpió aquella fantasmagoría.

El doctor oprimió fuertemente las manos de las señoras, como para recordarles su promesa y el peligro que corrían. Una exclamación murió en los labios de lady Forester, y la escena del espejo, después de alguna fluctuación, recobró el aspecto de realidad que antes tenía; pero ahora asemejábase más bien á una representación por la pintura, sólo que los personajes se movían en vez de permanecer estacionarios.

La figura de Felipe Forester, distintamente visible ya en las formas y facciones, adelantábase hacia el sacerdote conduciendo á la hermosa joven, que parecía andar con afectado orgullo. Entretanto, y cuando el sacerdote hubo arengado al acompañamiento que estaba ante él, con objeto, sin duda, de dar principio á la ceremonia, entró en la iglesia otro grupo, entre el cual se veían dos ó tres oficiales. Estos últimos se adelantaron á su vez como para ser testigos del acto; pero, de repente, uno de ellos, vuelto de espaldas á los espectadores, separóse de sus compañeros y penetró apresuradamente entre las personas que formaban el acompañamiento de los novios, los cuales se volvieron con expresión de asombro, provocada, sin duda, por una exclamación del oficial.

Entonces el intruso desenvainó su acero, el novio hizo lo mismo, adelantándose hacia el perturbador; mientras que otros hombres, así del acompañamiento como de los últimos que habían entrado, desenvainaron también sus espadas con ademán amenazador.

Esa escena produjo gran confusión. El sacerdote y varias personas de grave aspecto esforzábanse, al parecer, para restablecer la calma; pero los hombres más resueltos de ambas partes blandieron sus armas.

En este punto terminaba el breve espacio de tiempo de que el nigromante podía disponer para exhibir su arte, según había prevenido ya, y las sombras se confundieron otra vez y desvaneciéronse gradualmente; las bóvedas y las columnas de la iglesia se perdieron de vista, desapareciendo completamente, y la superficie del espejo no reflejó ya más que la luz de las antorchas y los singulares aparatos que se hallaban en el altar.

El doctor condujo á las señoras, que, por cierto, necesitaban mucho su apoyo, á la habitación donde antes se hallaban esperando, y allí les dió vino y esencias, proporcionándoles todos los medios posibles para que se recobrasen de su estupor y aturdimiento, haciéndolas sentar, por último, en cómodos sillones.

Lady Forester retorciase las manos, mirando al cielo, pero sin hablar una palabra, como si aún tuviera el encanto ante sus ojos, aquella escena que había observado angustiada por el terror.

—Y ¿queréis decir,—preguntó lady Bothwell,—que lo que hemos visto está sucediendo ahora?

—En cuanto á eso,—contestó Bautista Damioti,—no puedo asegurarlo fijamente; pero creed que ocurre ahora, ó que se ha efectuado hace muy poco tiempo. Es el último acto notable en que el caballero Forester ha tomado parte.

Lady Bothwell manifestó cierta ansiedad respecto á su hermana, cuya fisonomía descompuesta y aparente indiferencia, después de lo que había pasado, infundíanle inquietud, haciéndole temer que fuese peligroso conducirla á su casa en aquel momento.

—Ya lo he previsto todo,—contestó el doctor;—y, por si ocurría este caso, ordené á vuestro criado que mandase acercar el coche tanto como lo permitiera la estrechez de la calle. Nada temáis por vuestra hermana; mas apenas lleguéis á casa propinad esa bebida á lady Forester, y mañana estará mucho mejor. Pocas son las personas,—añadió el italiano con expresión melancólica,—que salen de aquí con tanta salud como la que tenían al entrar; y ésta es la consecuencia de querer penetrar en lo desconocido por medios misteriosos. Juzgad cuál será el estado de aquellos que tienen poder suficiente para satisfacer tan irregular curiosidad. ¡Adiós, y no olvidéis la bebida!

—No daré á mi hermana cosa alguna que venga de vuestra mano,—dijo lady Bothwell.—Ya he visto lo suficiente de vuestro arte, y tal vez quisierais envenenarnos para ocultar vuestra nigromancia; pero somos personas que no necesitan medios para dar á conocer sus desgracias y el auxilio de amigos para remediarlas.

—Yo no os he faltado en nada, señora,—contestó el doctor,—y precisamente dais con una persona que se puede jactar de su rectitud. Yo no busco á nadie, y me limito á satisfacer los deseos y la curiosidad de los que se dirigen á mí para averiguar lo que ignoran. Bien mirado, solamente podréis tener queja de



haber sabido con alguna anticipación que os espera un grave disgusto... ¡Ah! Oigo los pasos de vuestro criado, y no quiero deteneros más. El próximo correo del continente os explicará, sin duda, lo que habéis visto en parte; y si queréis seguir mi consejo, no deis la noticia demasiado repentinamente á vuestra hermana.

Así diciendo, dió las buenas noches á lady Bothwell, alumbróla hasta llegar al vestíbulo, cubrióse con una capa para ocultar su extraño traje, y, abriendo la puerta, confió las dos damas al criado.

Con dificultad pudo lady Bothwell sostener á su hermana hasta llegar al coche, aunque se hallaba tan sólo á veinte pasos de distancia. Cuando estuvieron en su domicilio, lady Forester pidió la asistencia del médico. Envióse á buscar al de la familia, y cuando éste tomó el pulso á la paciente, hizo un movimiento de cabeza que no indicaba nada bueno.

—La señora,—dijo con tono de marcada convicción,—ha sufrido una violenta sacudida en los nervios, y es indispensable que yo sepa cómo ha pasado.

Lady Bothwell habló de su visita al nigromante, diciendo que lady Forester había recibido alguna mala noticia de su esposo Felipe.

—Ese pillo nigromante haría mi fortuna si se quedase en Edimburgo. Hé aquí el séptimo caso nervioso que trato por causa del terror que ese hechicero ha producido. Después examinó la bebida que lady Bothwell tenía en la mano, probóla y dijo que era muy propia para el caso, tanto, que no se necesitaría apelar á la botica.

Después miró fijamente á lady Bothwell, y añadió:

—Supongo que no me será lícito preguntar nada sobre los procedimientos de ese italiano...

—A decir verdad, doctor,—contestó lady Bothwell,—tengo por puramente confidencial cuanto ha pasado; y, aunque el hombre sea un bribón, como hemos cometido la simpleza de consultarle, considero prudente y digno no revelar su manera de proceder.

—Aunque sea un bribón, habéis dicho,—repuso el médico.—Me alegro que admitáis semejante posibilidad en cuanto procede de Italia.

—Lo que viene de Italia,—replicó lady Bothwell,—puede ser tan bueno como lo que llega de Hanóver ó de cualquier otro punto directo; pero nosotros seremos siempre amigos, y, si os parece, dejemos á un lado este asunto.

El médico recibió sus honorarios, tomó su sombrero y retiróse, después de dar algunas instrucciones respecto á la enferma.

La pobre paciente, cuyos nervios, después de sufrir una tensión extraordinaria, se habían alojado ya singularmente, continuó luchando con una especie de imbecilidad, hija de un terror supersticioso, que mal podían desvanecer las terribles noticias recibidas de Holanda, peores aún de lo que se podía esperar.

Estas noticias, enviadas por el celebrado

conde de Stair, decían que se había efectuado un duelo entre el caballero Felipe Forester y el capitán Falconer, duelo que costó la vida al segundo, siendo la causa un incidente muy ruidoso. El conde añadía que Felipe había abandonado el ejército de repente á consecuencia de no haber podido pagar una suma muy considerable que perdió jugando con otro voluntario. Después de esto había cambiado de nombre, trasladándose á Rotterdam, donde se granjeó el aprecio y favor de un anciano y rico burgomaestre, cautivando al mismo tiempo con su atractivo personal y sus finos modales á la hija única de aquel funcionario, joven, hermosa y heredera de una gran fortuna. Seducido por el noble aspecto y elegancia de su propuesto yerno, el rico burgomaestre, cuyas ideas sobre el carácter inglés eran demasiado elevadas para que pensase en tomar informe alguno sobre la condición y circunstancias del pretendiente, dió su consentimiento para que se efectuase el matrimonio. Llegado el día, ya iba á celebrarse el acto en la principal iglesia de la ciudad, cuando fué interrumpido por un incidente singular.

El capitán Falconer, que había sido enviado á Rotterdam con parte de una brigada de auxiliares escoceses, encontró allí una persona muy considerada en la ciudad, que le invitó á ir á la iglesia principal para ver á un paisano que se casaba con la hija de un rico burgomaestre, y el oficial accedió gustoso, pidiendo al mismo tiempo permiso para que le acompañaran algunos amigos y dos ó tres oficiales de la brigada. Ya se comprenderá cuál sería su asombro al ver que su propio cuñado, casado ya, conducía ante el altar á la inocente y hermosa joven á quien iba á engañar vilmente. Proclamó su villanía en el mismo templo, y, como era natural, la ceremonia no se efectuó. Después, desechando la opinión de hombres formales, que consideraban á Felipe Forester como una persona sin honor ni dignidad, el capitán Falconer le admitió como adversario, aceptando el reto que aquél le envió. Efectuóse el desafío, y el capitán cayó herido mortalmente.

Lady Forester no se recobró nunca de la sacudida que le produjo la terrible noticia.

Sin embargo, otra vez se recibieron noticias de Felipe Forester, y fué en una ocasión muy notable. Dícese que los escoceses rara vez perdonan y jamás olvidan los agravios recibidos; y lady Bothwell se contaba entre los que piensan así; de modo que nada podía ser tan agradable para ella como una oportunidad de vengarse del caballero Felipe Forester, por la doble injuria que había sido causa de que perdiese una hermana y un hermano; pero nada se supo del culpable hasta muchos años después.

Al fin, una noche, hallándose lady Bothwell en cierta reunión, uno de los criados se presentó para decirle en voz baja que un caballero deseaba hablarle particularmente.

—¿Particularmente, hallándome aquí?...—



exclamó lady Bothwell.—¡Ese hombre debe estar loco! Decidle que vaya á verme mañana.

—Ya se lo dije,—repuso el criado,—y entonces me dió esta esquela para que os la entregara.

Lady Bothwell abrió el billete cuidadosamente doblado y sellado, y no vió escritas más que estas tres palabras: *Asunto debido á muerte*. La letra era desconocida. De pronto, lady Bothwell pensó que podía tratarse de la seguridad de alguno de sus amigos políticos, y, en

—Es cierto: la amaba con todo mi corazón, y aún lloro su muerte.

—También teníais un hermano: ¿no es así?

—Sí: el hombre más intrépido y cariñoso que he conocido,—repuso lady Bothwell.

—Y habéis perdido esos parientes amados por culpa de un hombre á quien la desgracia perseguía,—continuó el extranjero.

—No: por el crimen de un asesino, de un hombre desnaturalizado y sanguinario.

—Nada más tengo que decir,—replicó el an-



LA ILÍADA DE SANDY BAR: Los dos adversarios acercáronse más y más uno á otro y miráronse fijamente

su consecuencia, siguió al mensajero á una reducida habitación donde se acostumbraba á servir los refrescos, no permitiéndose la entrada allí á todos. La dama vió á un anciano, que se levantó al punto de su asiento, saludándola respetuosamente. Su aspecto indicaba constitución enfermiza; y su traje, aunque conforme hasta cierto punto con la etiqueta del que asiste á una reunión, estaba un poco ajado por el uso.

Lady Bothwell se disponía ya á buscar su bolsillo, esperando librarse del importuno á costa de algunas monedas; mas el temor de equivocarse la contuvo, y, al obrar así, dió tiempo al hombre para explicarse.

—¿Tengo el honor de hablar con la señora Bothwell?—preguntó el anciano.

—Sí, señor,—contestó la dama;—mas permitidme advertir que ni la hora ni el sitio son propios para largas explicaciones. ¿Qué deseáis?

—Creo que la señora tenía una hermana... —dijo el anciano.

ciano, haciendo una reverencia como para retirarse.

—¡Esperad! —exclamó lady Bothwell con aire imperioso.—¿Quién sois vos para venir á este sitio y á semejante hora tan sólo para evocar horribles recuerdos? Insisto en saber quién sois.

—Soy un hombre,—contestó el anciano,—que no ha venido aquí para injuriaros, y si con el objeto de ofreceros los medios para practicar un acto de caridad que el mundo admiraría y que el cielo sabrá recompensaros; mas creo que no estáis dispuesta al sacrificio que sería necesario.

—Hablad, caballero, y explicaos más claramente si queréis que comprenda el sentido de vuestras palabras.

—El desgraciado que os ofendió tan cruelmente,—continuó el extranjero,—se halla ahora moribundo; ha pasado días de grande miseria y largas noches en que la angustia no le permitió conciliar el sueño; mas, á pesar de todo, no quisiera él morir sin vuestro perdón. Su





LA ILÍADA DE SANDY BAR: Scott fué conducido á la plataforma, á pesar suyo

vida fué hasta aquí un tormento; pero sentiría terminar una existencia, ya odiosa para él, mientras que vuestras maldiciones pesan sobre su alma.

—Decidle,—replicó lady Bothwell con expresión severa,—que pida perdón á la infeliz mujer á quien tan gravemente ofendió, y no á mí, porque también podría errar. Por otra parte, ¿de qué le serviría ahora mi perdón?

—De mucho,—contestó el anciano,—pues tal vez con él se atreverá á pedir también el de Dios. Recordad, Sra. Bothwell, que también podréis veros en un lecho de muerte; que también os halláis expuesta á cometer algún error en vuestra vida, y que será consolador para vos presentaros ante el tribunal eterno con la conciencia completamente tranquila, sin el arrepentimiento de no haber concedido el per-



dón de sus faltas al hombre que las lloraba. Si no hacéis gracia, tampoco podéis esperar que os la dispensen.

—Quienquiera que seáis.—repuso lady Bothwell,—no me instéis tan cruelmente, porque sería una blasfemia, una hipocresía, pronunciar con mis labios palabras contra las cuales protestarían todos los sollozos de mi corazón. Me parecería ver salir de su tumba á la hermana y al hermano queridos para maldecirme. ¿Yo perdonar á ese hombre? ¡Jamás! ¡Jamás!

—¡Gran Dios!—exclamó el anciano, levantando sus brazos en actitud de súplica.—¿Es así como los gusanos que hicisteis salir del polvo acatan los mandamientos de su Creador? ¡Adiós, mujer orgullosa! Regójate por haber agregado á la mortal angustia de un moribundo las agonías de la desesperación religiosa; pero nunca te burles del cielo, pidiéndole un perdón que rehusaste otorgar.

Y, pronunciadas estas últimas palabras, el anciano saludó de nuevo, dando un paso para retirarse.

—¡Esperad!—repitió lady Bothwell.—Sí: haré un esfuerzo para perdonar á ese hombre.

—Bien, señora,—dijo el anciano con acento respetuoso;—así aliviaréis el peso del alma contrita de un hombre verdaderamente arrepentido de sus faltas, que abandonará esta vida más consolado. Y tal vez,—añadió el desconocido,—vuestro perdón le permitirá vivir algún tiempo para la penitencia.

—¡Ah!—exclamó lady Bothwell, como si una repentina luz iluminase su alma.—¡Él mismo es el infame!

Y, cogiendo por el cuello á Felipe Forester, pues no era otro el anciano, comenzó á gritar:

—¡Al asesino! ¡Al asesino! ¡Prended á este infame!

Al oír tan extraña exclamación en semejante sitio, todos los que estaban en el salón precipitáronse en el aposento; pero Felipe Forester no estaba ya allí. Habíase desasido de la mano de lady Bothwell, y, saliendo presuroso de la estancia, se dirigió á la escalera. Parecía que no era posible escapar por allí, porque varias personas salían en aquel momento y otras bajaban; pero el hombre estaba desesperado, y, precipitándose sobre la balastrada, dejóse caer por el ojo de la escalera y llegó al fondo sin sufrir la menor lesión, aunque la altura era de quince pies, al menos. Desde allí ganó la calle y perdióse en la oscuridad.

Algunos individuos de la familia Bothwell le persiguieron; y si le hubiesen cogido, seguramente le habrían dado muerte, pues en aquellos tiempos la sangre de los hombres se encendía muy pronto; pero los agentes de orden público no intervinieron, según su costumbre cuando se trataba de un crimen cometido en tierra extraña.

A decir verdad, siempre se creyó que aquella escena fué debida á un experimento hipócrita de Felipe Forester, que deseaba averiguar si podría volver á su país natal libre del resentimiento de una familia á quien tanto había injuriado.

Como el resultado fué tan contrario á sus deseos, sin duda volvería al continente para morir allí en el destierro, lejos de su patria y acosado por los remordimientos que deben afligir al hombre perverso.

## LA ILIADA DE SANDY BAR

POR BRET HARTE

Antes de las nueve era muy bien sabido en todas las casas de la orilla del río, que dos socios del *Círculo de la Amistad* habían tenido una pendencia, separándose al amanecer. Su vecino más cercano había fijado la atención en el lecho, á causa de haber oído palabras de cólera, á las cuales siguiéronse dos pistoletazos consecutivos; y, saliendo fuera de su casa, pudo ver entre la neblina que se elevaba del río las corpulentas formas de Scott, uno de los combatientes que bajaba de la colina, y un momento después á York, su contrincante, quien, bajando en opuesta dirección hacia el río, pasó á corta distancia del observador.

Más tarde se supo que un leñador chino que estaba delante de su cabaña había presenciado la contienda; pero Juan, así se llamaba, era hombre estólido, indiferente y reservado, y cuando se le interrogó limitóse á decir que él se ocupaba en cortar leña y que no le interesaban los duelos.

—Pero ¿qué decían, Juan?—preguntóle el coronel Starbottle.

—No lo he oído, señor,—contestó el hombre.

Y ni las amenazas y ni las súplicas fueron suficientes para arrancarle otra contestación.

Sin embargo, la causa de la disputa era inexplicable, y, naturalmente, debía excitar la curiosidad que dos hombres, que por su carácter amable, á la vez que grave, se habían merecido el título de *Pacificadores* en una comunidad poco dada á las virtudes pasivas, riñeran de improviso violentamente.

Algunos de los más curiosos visitaron el lugar del conflicto, completamente desierto ya, y no se encontró allí la menor señal de confusión ó desorden en la cabaña donde los combatientes vivían.

La tosca mesa estaba preparada como para almorzar; y el pan de bizcocho hallábase aún junto á las cenizas calientes, mudo testigo de las malas pasiones que se habían desencadenado allí una hora antes.

Sin embargo, el coronel Starbottle, hombre acostumbrado á la lucha, á los duelos y á la guerra, era más perspicaz que sus compañeros y más práctico para observar detalles en tales asuntos. Procediendo á un detenido examen, pronto vió el agujero formado por una bala en la puerta de salida y otro en el marco de la ventana. Llamó la atención sobre este detalle, y dijo que aquéllas eran las señales de dos tiros de revólver. Después complacióse en hacer ver, con la seguridad que le daba su apariencia, la posición en que se habían colocado los contendientes, no sin extrañar que, habiendo



disparado á tres pasos de distancia uno de otro, no se hubieran tocado.

Pero aún se debía producir mayor sorpresa entre los curiosos. Los dos adversarios no se habían vuelto á encontrar desde el duelo, y se surrabase que cuando volvieran á batirse, el desafío sería á muerte.

En su consecuencia, prodújose mucha excitación, y ésta creció de punto cuando á eso de las diez se vió á York salir del *Salón Magnolia* y tomar la calle del Campo, mientras que Scott, por otra parte, saliendo de una cerrajería, dirigíase al mismo tiempo al camino.

Era evidente que el encuentro no se podría evitar si uno de los dos hombres no se retiraba.

En un instante las puertas y ventanas fueron ocupadas por los curiosos: innumerables cabezas aparecieron al punto en las orillas del río y detrás de los peñascos; mientras que un vagón abandonado en la confluencia del camino llenóse en pocos instantes de curiosos, que parecían haber brotado de la tierra. En el camino de la montaña, el Sr. Hamlin había detenido su caballo y empinábase sobre los estribos, cuando los dos hombres que llamaban su atención se acercaron uno á otro.

Los que ocupaban el vagón hacían diversos comentarios.

—A York le dará el sol en los ojos, — decía el uno.

—Scott le clavará en el árbol, — contestaba otro.

—Ahora espera á que su contrincante haga fuego, — observaba un tercero.

Después todos quedaron silenciosos, y no se oyó más que el murmullo de las aguas del río y el rumor del follaje agitado por el viento.

El coronel Starbottle, entusiasmado, sin duda, por la excitación que producía la escena, levantó su bastón, exclamando:

—¡Sus!

Los dos hombres hallábanse ahora á pocos pies de distancia uno de otro; una gallina pasó por delante de uno de ellos; algunas hojas cayeron de los árboles á los pies de los combatientes; pero, sin hacer aprecio de esta ironía de la Naturaleza, acercáronse más y más uno á otro con la cabeza erguida, rígidos y graves, miráronse con fijeza y se cruzaron sin decir nada.

El coronel Starbottle quedó como aturdido, sin poder explicarse lo que veía, y, algo mohino, encaminóse al *Salón Magnolia* sin pronunciar palabra; de modo que nadie hubiera podido decir cuál era su modo de pensar sobre lo que acababa de ver; pero en aquel momento Scott se agregó al grupo.

—¿Me habéis hablado?—preguntó el coronel, apoyando la mano familiarmente sobre su hombro.

El interpelado, sin comprender la pregunta y mudo de asombro, quiso, por lo menos, aparentar dignidad.

—No,—contestó con expresión grave;—no, caballero; no os he dirigido la palabra.

Un momento después, York observó una conducta no menos característica y singular.

—Tuvisteis una buena ocasión para despa-  
char á vuestro contrario,—dijo Hamlin al ver que York se le acercaba.—¿Por qué no le enviasteis una bala?

—Porque le odio,—contestó lacónicamente York.

Contrariamente á lo que se esperaba, la respuesta se dió con la mayor tranquilidad, y el interrogado parecía del todo sereno; pero Hamlin, muy buen observador de la humanidad, notó que York tenía las manos frías y los labios secos.

Cuando todos se convencieron en Sandy Bar de que las diferencias entre York y Scott no se podrían ventilar por los medios locales acostumbrados, se dejó de pensar en el asunto; pero muy pronto circuló el rumor de que los dos socios sostenían un litigio, por querer ambos ser dueños del círculo *Amistad*; litigio que debía ocasionar muchos gastos. Ambos se habían enriquecido, y pocos días antes de su duelo hablaban de retirarse; pero tal vez hubo entre ellos algún pique. Más tarde llegaron de San Francisco dos abogados, y entre ellos y los habitantes mediaron conferencias. El resultado de esto fué que cuando se celebró el juicio, todo Sandy Bar asistió á la primera sesión con la mayor curiosidad. La causa fué famosa; pero, sin entrar en detalles, nos limitaremos á decir que tuvo gran importancia, pues tratábase de los derechos de herencia de la industria que había desarrollado los recursos de aquella tierra de oro.

El coronel Starbottle se complacía en decir con frecuencia que el asunto se habría ventilado más pronto si el duelo no hubiese sido tan burlesco, bastando un minuto para zanjar todas las dificultades.

Scott obtuvo un veredicto, del cual York apeló al punto, jurando que gastaría hasta su último duro en el pleito.

Hé aquí cómo Sandy Bar consideró la enemistad de ambos socios como un feudo perpetuo, y olvidóse que habían sido amigos. Los pocos que esperaban saber por la causa cuál era el origen de la cuestión quedaron chasqueados; pero entre las muchas conjeturas que se hicieron, por algunas de ellas se atribuyó el motivo á una influencia femenina.

—Bajo mi palabra os aseguro, caballeros,—decía el coronel Starbottle, muy conocido en Sacramento como hombre de la antigua escuela,—que en el fondo de esta cuestión hay alguna hermosa mujer.

Y el coronel quiso ilustrar su teoría refiriendo varias curiosas y picantes anécdotas, tales como las saben los hombres de gran mundo, y las cuales relatan con frecuencia, porque están libres de preocupaciones.

La única mujer que podía haber ejercido alguna influencia en los dos contendientes era la linda hija del anciano Folisbee, cuya hospitalaria casa, donde no faltaban los refinamientos de la comodidad y el buen gusto, frecuentaban á menudo York y Scott. En aquella encantadora mansión, York entró una noche, tres semanas después del duelo; y como



viere á Scott en la habitación, conversando tranquilamente. volvióse hacia la hermosa hija del anciano y preguntóle bruscamente si amaba al hombre con quien hablaba.

La joven, interpelada así, contestó desde luego de esa manera evasiva y oportuna que hubiera ocurrido á las más de las damas en su caso; y, sin escuchar una palabra más, salió de la casa.

La señorita dejó escapar un ligero suspiro al cerrarse la puerta, y después, cumpliendo con su deber, volvióse á su visitante para excusar al ausente.

No obstante, Scott debió resentirse, porque, después de mirar un momento á la señorita de Folisbee, levantóse, cogió su sombrero, y salió también de la casa, sin que después se oyera hablar de ellos.

El caso es que aquellos dos hombres parecían estar empeñados en contrariarse mutuamente en todos sus actos. Algún tiempo antes, cuando York compró un terreno, próximo al que Scott poseía, este último halló motivo para reclamar por cuestión de límites; y, entablado un pleito, Scott hubo de gastar mucho y no ganó su causa; pero después se vengó ocasionando mil molestias á su vecino. Mas tarde, York quiso desquitarse también á su manera; consiguió autorización para construir una carretera y un pequeño camino de hierro, lo cual ocasionó bastantes perjuicios á Scott, que tenía muchas mulas, y que por esta innovación no pudo utilizarlas como antes; pero también consiguió vengarse, proponiendo la formación de una junta de vigilancia, que expatrió al mejor amigo de York, á Santiago Hamlin. En una palabra: aquéllos dos hombres habían nacido evidentemente para hacerse la guerra sin tregua ni descanso, y las sordas luchas de los dos debían durar mucho tiempo.

Sin embargo, cierto día se habló, al fin, de alguna mediación para poner término á las rencillas de los dos contrincantes. El pastor de la iglesia de Sandy Bar, hombre valeroso y sincero, pero tal vez no muy ilustrado, aprovechó cierta coyuntura para pronunciar un sermón en que predicó fervorosamente sobre las discordias de los hombres y sus odios, pues proponíase, sin dar á conocer á nadie su intención, que York y Scott se reconciliaran. El reverendo pastor, llamado Daws, hablaba muy bien cuando subía al púlpito; pero, desgraciadamente, sus sermones eran más bien propios para una congregación ideal que no existía en Sandy Bar, y así es que su prédica no produjo efecto. Si el buen Daws esperaba que York y Scott se estrecharan las manos después de oír su peroración, quedó bien chasqueado, lo cual no fué suficiente para que desistiera de su propósito. Con ese tranquilo valor y resolución que le valía el respeto de hombres demasiado dispuestos á considerar la piedad como sinónimo de la afeminación, atacó á Scott en su propia

casa; y, aunque no se recuerda lo que le dijo, debe suponerse que fué una parte de su sermón. Cuando hubo concluido, Scott le miró tranquilamente sin expresión de cólera, y contestó con menos irreverencia de la que se hubiera podido esperar.

—Sr. Daws, no me desagrada el estilo de su lenguaje; pero cuando nos conocéis á York y á mí tan bien como al Todopoderoso, entonces podremos hablar.

Hé aquí cómo, á pesar de los esfuerzos del buen pastor, la enemistad personal y privada de los dos hombres siguió adelante con el mismo carácter irascible de siempre.

Llegado el tiempo de las elecciones, el coronel Starbottle se dirigió cierto día á la Explanada, al frente de una especie de procesión, para arengar á los candidatos. Había desempeñado en cierta ocasión funciones legislativas, y considerábanle como «caballo de batalla» en asuntos electorales, sabiendo, además, que era un fiel partidario de York. En favor de éste habló mucho, amenizando su discurso con dos ó tres anécdotas de las que estaba siempre dispuesto á referir; pero se rieron de él, y, al ver esto, su candidato York quiso tomar la palabra.

Fué aplaudido al principio; pero, con gran asombro de todos, el nuevo orador, prescindiendo de su propio interés, comenzó á censurar los actos de Scott, citando hechos que no venían al caso. El público que escuchaba comenzó á gritar, y después pidió á voces que se presentara Scott. El coronel Starbottle quiso oponerse, diciendo que aquello era impropio; pero, tanto por espíritu de justicia como por deseo de oír á los dos, la asamblea se mostró inflexible, y Scott fué conducido á la plataforma poco menos que por fuerza.

Cuando estuvo en el tablado, fué evidente que había bebido más de lo justo, hasta el punto de embriagarse; mas no se hizo aprecio de esto, y todos quedaron satisfechos por la presencia del hombre á quien llamaban.

—Caballeros,—dijo Scott, comenzando su discurso;—lo que ese hombre ha dicho es muy malo é inoportuno; pero no negaré que me expulsaron del Cairo; que pertenecía al regimiento de Tiradores; que deserté del ejército, y que he dejado á una mujer en Kansas. Aún diré más, y es que el orador se ha olvidado, sin duda, de hacerme otro cargo: el de haber sido durante tres años su socio...

(Se concluirá)

## NOTICIAS

Un vecino de Egea (Zaragoza) tenía en los brazos á una niña, y al asomarse á una ventana tuvo la desgracia que se le cayera á la calle.

La niña quedó muerta en el acto.